

MEMORIAS

Teodulfo Lagunero

La extraordinaria vida de un hombre extraordinario

Prólogo de Almudena Grandes



Umbriel - TABLA RASA

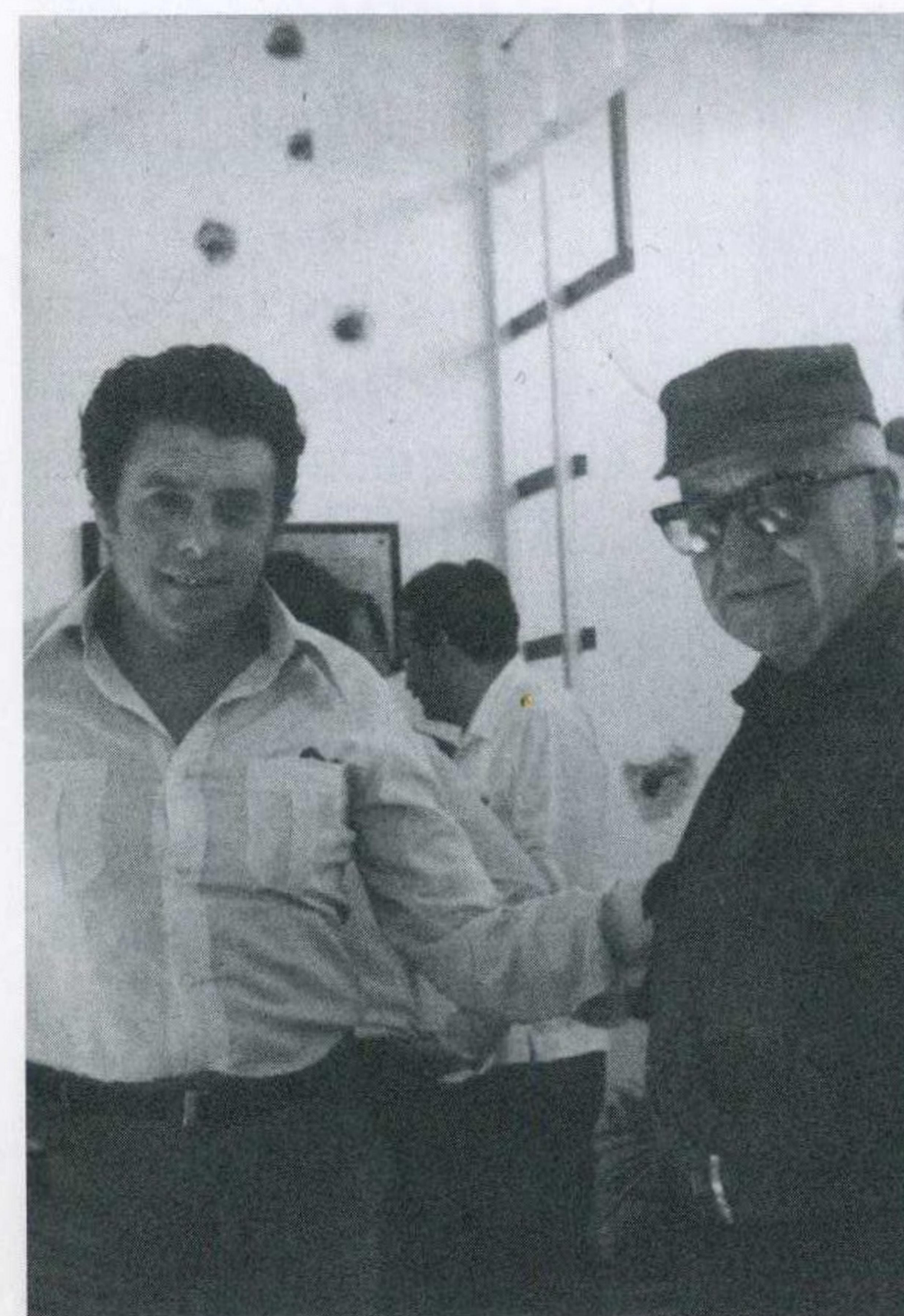


La Pasionaria con María Teresa León.

*Teodolfo!
¡qué pesado eres! Estoy muy
flea, horrible ---
Ay! pero eres mi amigo
y ---*

María Teresa

*No recuerdo carinoso de
nuestra reunión con mis amigos
nada por nosotros. Volvamos pronto*



El autor con el Comandante Carlos en el Cuartel de la Moncada en Cuba.



Carrillo con Wenceslao Roces y Lagunero en Méjico en 1975.

*4. VII. 75
Delante del
Museo antropológico*



Lagunero con Trevijano y el director del Sábado Gráfico Eugenio Suárez.



Lagunero con Calvo Serer, Penagos y los letrados madrileños Loncán e Infante en la terraza de Villa Comet.



Lagunero entre el Presidente Ceausescu y Santiago Carrillo, Elena la mujer del presidente y dos ministros de su gobierno. Les acompaña Rocío.

el ajedrecista. Dolores le advirtió de que aún arrastraba una gran depresión por haber perdido el campeonato mundial, un trofeo que normalmente obtenían los rusos. Por ello, le rogaba que tuviese mucho cuidado y que no mencionase en ningún momento ni el campeonato perdido ni a su rival americano. Además, esto era una condición que el jugador había puesto para recibirle. Por la tarde, nos enteramos de que nada más llegar a la vivienda del ex campeón, apenas abierta la puerta, las primeras palabras de Arrabal fueron: —¿Qué piensa usted del nuevo campeón americano, el señor Fischer?

El ruso, sin más, le dio con la puerta en las narices. No hubo reunión. Arrabal se lo tomó muy mal y dijo que a un personaje tan importante como él nadie le hacía ese desprecio. Exigía que se le devolviese el pasaporte y que se le diese billete de avión para regresar a París en el primer vuelo que hubiera. Azcárate le hizo ver que eso era imposible, pues tenía que volver con todo el grupo. Además la vuelta iba a ser a los dos días, con lo que ya le quedaba poco por estar allí. Arrabal amenazó a Azcárate con convocar una rueda de prensa y decir que le tenían secuestrado en la Unión Soviética. Argumentaba que se estaban negando a devolverle el pasaporte y a permitirle salir del país. Ante tal amenaza, el buenazo de Azcárate no tuvo más remedio que hacer uso de toda su influencia para que Arrabal saliera inmediatamente de Moscú.

En los desayunos del hotel se produjeron varios otros incidentes con el dramaturgo como protagonista. Una mañana, Arrabal estaba presumiendo de ser un perseguido del franquismo y Salvat le contestó que en realidad había sido un protegido del SEU, porque Fraga le había financiado el estreno de una de sus comedias. Arrabal montó en cólera y lo negó. Salvat, muy tranquilo, le dio toda clase de detalles sobre la representación. Arrabal recordó que, efectivamente, en un colegio mayor le habían representado esa obra. No obstante, de la manera más brusca y entre insultos, abandonó la mesa mientras decía que éramos todos unos fascistas. Lo más lamentable fue que estaba desayunando con nosotros Dolores Ibárruri. Le pareció muy desagradable que entre los españoles tuviésemos esos enfrentamientos.

Por último, quiero comentar el acto que se celebró en la casa de los españoles en Moscú. Asistimos a él todos los miembros del grupo español. Una de las princesas carlistas, de pie al lado de la mesa donde estaban sus hermanas y otros miembros de la delegación, dijo que para ella era un orgullo y un honor manifestar públicamente su respeto, su admiración y su cariño hacia Dolores Ibárruri. Dolores le dirigió unas emotivas palabras de agradecimiento. Resaltó el significado de que las princesas carlistas no solo hubiesen asistido al Congreso Mundial de la Paz, sino que también compartiesen esa entrañable reunión con los españoles que de niños habían tenido que salir de España por la guerra civil. No pude por menos que pensar en lo mucho que estaban cambiando las cosas en España. Durante la guerra, carlistas y comunistas lucharon a muerte. Seguramente, eran los contendientes más enfrentados en el plano ideológico. Seguirían defendiendo ideas antagónicas a día de hoy, pero se respetaban mutuamente y podían convivir juntos. Eso era, ni más ni menos, la reconciliación nacional que preconizábamos los comunistas y que, de igual modo, aceptaban los carlistas.

29. La Junta Democrática

Conocí a Antonio García Trevijano en las reuniones del Colegio de Abogados de Madrid, en las que se había abierto un nuevo frente de batalla. De una parte estábamos varios abogados antifranquistas de las más diversas tendencias políticas. En el campo opuesto se encontraban los numerosos abogados que representaban a los sindicatos verticales, a los gerifaltes del régimen. A su lado había abogados conservadores que tenían temor a los comunistas. En el fondo, defendían también a la dictadura franquista, aunque a veces se presentaran como liberales o incluso como demócratas.

Trevijano era uno de los asiduos a esas reuniones. En ellas demostró energía y talento en las conversaciones que mantuvimos entre los que podemos considerar opositores al régimen. Era notario excedente y considerado como uno de los mejores abogados de

Madrid. Observé que era blanco de los odios más profundos por parte de los abogados franquistas. En cuanto le correspondía a él hablar en público y se le cedía el micrófono, se armaba la de Dios. Los franquistas le consideraban un traidor a su clase y a España por la intervención que había tenido durante la independencia de Guinea. Ni una sola vez logré escuchar en público lo que quería decir, porque no le permitieron nunca hacerlo. Incluso, a veces, se tenía que suspender el acto ante el escándalo que provocaban sus enemigos acérrimos.

A Carrillo le tenía yo informado de las incidencias que sucedían en el Colegio de Abogados. Le había contado lo que ocurría con Trevijano, y Carrillo le empezó a considerar como una figura a tener en cuenta en la lucha contra el franquismo.

Carrillo en sus memorias cuenta cómo fueron sus primeras conversaciones con Trevijano y cómo «de hilo en ovillo fuimos diseñando la idea de un frente antifranquista de fuerzas político sociales, que cuajaría luego con el nombre de Junta Democrática de España, acudiendo a un término —el de Junta— tan tradicional en la historia de las luchas políticas nacionales». Cuenta después cómo Trevijano le presentó a Rafael Calvo Serer en el hotel Lotti de París. Luego, en el mismo hotel, se fueron reuniendo diversas personalidades que iban integrando la mencionada Junta Democrática: Paz Andrade, gallegista; Andreu Abelló, catalanista de izquierda; Zabala, carlista; Morodo, del PSP; Rojas Marcos, entonces socialista; José Joaquín Díaz de Aguilar, liberal canario; el doctor Mora, socialista balear; Broseta, liberal valenciano; Mario Rodríguez Aragón, que representaba al PTE. En un principio, como rememora Carrillo, intervinieron también algunas personas que pertenecían al PNV. Desde el primer día colaboré con la Junta Democrática y tuvo mi apoyo económico.

He comentado en otro pasaje de estas memorias la visita que hice a Rafael Calvo Serer, precisamente en el Hotel Lotti. En aquel tiempo, era allí donde vivía Calvo Serer, mantenido por García Trevijano. Iba yo en aquella ocasión con una carta de presentación, cómo no, de José Mario Armero. Me acompañaba Andrés Gala, que representaba a los católicos de base opuestos al régimen. Una

vez integrado ya Calvo Serer en la Junta Democrática, mi amistad con él se hizo entrañable. Prácticamente pasó de vivir en el Hotel Lotti a hacerlo en Villa Comète, donde pasaba largas temporadas. Con él recorrí media Europa, mientras realizábamos gestiones de la Junta Democrática, y podría contar interesantes anécdotas que me ocurrieron con tan curioso personaje.

Victoria Prego en su ya clásico libro *Así se hizo la transición*, recoge cómo Felipe González consideraba que la Junta Democrática era «Una operación que se articulaba en torno al Partido Comunista, como única fuerza política organizada. Lo demás eran más bien añadidos, y aunque el Partido Comunista jugaba muy bien la baza de las «personalidades», la verdad era que el PCE se situaba como el elemento fundamental de la operación Junta Democrática». Mi opinión personal es que, en este caso, Felipe González acertaba en su diagnóstico. En cuantas reuniones tuve con Trevijano o con Calvo Serer, o después con Pepín Vidal, me producía una sonrisa interior oírles hablar de la Junta Democrática como algo que ellos controlaban y dirigían. Consideraban que poco menos que manejaban a Santiago Carrillo y al partido, cuando en realidad eran ellos los manejados por Santiago y por el partido. En esos momentos, para la política de los comunistas era interesantísimo presentarse formando parte de una agrupación como la Junta Democrática, que daba cabida a tendencias políticas tan diversas. Evidentemente, la Junta Democrática cumplió una misión importante, y es de agradecer lo que por ella hicieron tanto Trevijano como Calvo Serer, Pepín Vidal y tantos otros.

En diversos capítulos de estas memorias, hago referencia a la trascendental importancia de la Junta Democrática, ya que supuso un hito para la unidad de la oposición. Propició el acercamiento con otros grupos políticos, en especial con los socialistas. Era imprescindible aunar nuestras fuerzas para poder derrotar al franquismo.

La Junta Democrática en París alquiló unas oficinas en un barrio aristocrático. Se evitaba así darles el carácter extremista que hubiesen tenido de haber fijado la sede en el barrio Latino. Como cuenta Carrillo, contribuí a mantener los locales que habíamos elegido. De igual manera que la policía franquista, soliviantada por los éxitos de

la oposición, había puesto una bomba en la sede del CISE, también amenazaron con otra bomba las oficinas de la Junta Democrática y hubo que desalojar todo el edificio. No fueron los únicos incidentes. A uno de los miembros de la junta, al periodista catalán Falles, le asaltaron varios argelinos en la calle cuando se dirigía a las oficinas. Él, a pesar de ser una persona muy voluminosa, tuvo el arranque de quitarse el cinturón y empezar a cintazos contra sus atacantes, que salieron huyendo. También, como ya he contado en estas memorias, la policía francesa pagaba a argelinos desclasados para que intentasen apuñalar a los comunistas que pegábamos pasquines por las calles de París.

Como consecuencia de todo ello, pensamos que Santiago Carrillo corría serios riesgos viviendo en su casa a las afueras de París. De acuerdo con él, compré dos pisos en París, uno para que lo usase él con su familia y otro para Rocío y para mí. Fueron sus hijos los que eligieron los pisos, procurando que reuniesen las mejores condiciones para pasar desapercibidos. Seleccionaron un rascacielos en la zona de *La Défense*, la zona menos parisina de París, un barrio de grandes edificios al final de la *Grande Armée*, más allá de los Campos Elíseos. La construcción era monumental. Tenía un inmenso parking y para llegar a los pisos hasta había que hacer, nada más y nada menos, que un trasbordo de ascensor. El portero tenía la lista de los inquilinos para evitar que figurase nuestro nombre. Un abogado del Partido Comunista Francés constituyó un *établissement* de Liechtenstein, al que dimos el nombre de Alvarado. Nadie podía suponer que tras aquel nombre estaban los pisos que ocupaban la familia Carrillo y nosotros.

Una vez que España se convirtió en un país democrático vendimos las dos viviendas. Sin embargo, mientras las tuvimos en propiedad, resulta que llegamos a tener abiertas una casa en Roma, otra en París, y en la Costa Azul, Villa Comète. Mientras tanto, en España teníamos casa en Madrid y un inmenso chalet en la finca de Brazatortas, donde tantas aventuras desagradables nos hicieron pasar los ultras fascistas a través de su campaña con *El Alcázar*, *El Imparcial* y Fuerza Nueva, lo que cuento en el capítulo «El búnker de Brazatortas». Quiero aclarar que la mayor parte de esas vivien-

das no las monté para nuestro disfrute personal. Como creo que se deduce de lo escrito, la mayor parte estuvieron relacionadas con nuestras actividades de aquellos años. El apartamento de Roma, en el Trastevere, lo mantuve mientras el matrimonio Alberti vivió en la ciudad para estar junto a ellos. Cuando no estábamos en Roma, servía de estudio a Rafael Alberti y también al pintor Ortega. Villa Comète, en Cannes, fue un refugio y una especie de santuario de la lucha antifranquista. Los dos pisos de París fueron escondite de la familia Carrillo y nuestro, cuando nuestras vidas corrían peligro por los ataques de la policía franquista. Mi única casa verdaderamente familiar fue el piso que en aquellos años tenía en Madrid, en la calle Comandante Franco. El chalet de Brazatortas, «el búnker», como lo llamaban los franquistas, fue una quijotada que pretendía convertirse en una especie de kibutz israelita o de comuna china.

30. Negocios inmobiliarios en la Costa Azul que financian al Partido Comunista Español y la Junta Democrática. Frustrada entrevista con Fraga

No recuerdo cómo tuve la suerte de que un día me presentasen a A. Von Rodys. Este austríaco era dueño de unas enormes parcelas de terreno junto al mar, desde Théoule hasta Saint-Tropez. Me comentó que tenía todos aquellos terrenos improductivos y que siempre se había negado a venderlos porque no necesitaba el dinero. Le expliqué que yo estaba promocionando una inmensa urbanización de chalets a las afueras de Madrid, y que si quería podríamos asociarnos para construir en sus fincas y vender chalets. Se me ocurrió hacerle una proposición. Hacíamos una sociedad civil, sin constituirse legalmente, en la que él ponía las fincas con una superficie adecuada para construir una villa y abría una cuenta corriente a su nombre. Yo no tendría capacidad de disposición de esa cuenta, pero sí el arquitecto que contratásemos. En Francia los arquitectos son al mismo tiempo diseñadores y directores de obra, y son también los que pagan a los proveedores, que ellos mismos

Teodulfo Lagunero

MEMORIAS

«Teodulfo Lagunero fue un personaje clave en el proceso de restauración de las libertades que ahora conocemos como Transición Democrática. Villa Comete, la casa cercana a Cannes en la que se instaló durante lo que él denomina un raro exilio, fue escenario fundamental en la creación de la Junta Democrática, y un punto de encuentro imprescindible entre la dirección del PCE y el resto de las fuerzas que abogaban por la reinstauración de la democracia, desde fuera, pero también desde dentro del propio régimen.

Sin la legalización del PCE, la Transición no habría sido posible. Sin Teodulfo Lagunero, la legalización del PCE habría sido mucho más difícil, mucho más compleja y traumática de lo que fue. Cualquier crónica honesta y objetiva de aquel proceso, cuya versión oficial sigue insistiendo –aunque cada vez, por fortuna, con menos fuelle– en atribuir todos los méritos a no más de dos o tres protagonistas estelares, tendrá que reconocer forzosamente en el futuro la decisiva responsabilidad de personas como Teo en aquel viaje colectivo, que resumió décadas de lucha y de sacrificio constante de muchos miles de demócratas españoles.

Con esa certeza, y la de que la lectura de este libro les conmoverá tanto como a mí, les doy la bienvenida a la extraordinaria vida de un hombre extraordinario.»

ALMUDENA GRANDES

ISBN: 978-84-89367-76-0



9

PVP 23 €